

venas sangre española. Valian algo sus antepasados, por más que se diga: necesitaban tener cuerpos de hierro, almas de bronce y corazones de diamante para hacer lo que hicieron y arrostrar los infinitos peligros que encontraron.

Figurémonos por un instante los terrores que inspiraba en aquel siglo la inmensidad del Océano. Ni los más atrevidos navegantes habían osado antes de aquella época alejarse de sus orillas. Mil preocupaciones colocaban en él todo lo que la imaginación había inventado hasta entonces de terrífico y de espantoso. Creíase que en su interior se levantaban montañas altísimas de espumantes olas, en cuyas faldas zozobraban los buques; que si escapaban de esto, eran sorbidos por inmensas vorágines, ó tragados por horrendos monstruos marinos: y como si esto no bastara para aterrorizar aun á los más animosos, una superstición de la época imaginaba extendida sobre la soledad del Océano la mano negra de Satan, pronta siempre á hundir las naves, durante las tinieblas de la noche, en sus profundos abismos.

Aunque estas eran preocupaciones y supersticiones, era verdad sin embargo que la navegación del Atlántico ofrecía entonces infinitos riesgos, y los primeros viajes de Colon no habían hecho más que demostrarlo. Furiosas tempestades acometían á los marinos cerca de las ignoradas costas y entre las islas. Las relaciones de los primeros viajeros están llenas de naufragios y de catástrofes. El mismo Colon fué arrojado por una de aquellas borrascas á una isla desierta, donde estuvo muchos meses separado del resto del mundo y de los hombres. En suma, un viaje al través del Atlántico se consideraba entonces tan peligroso, que los que le emprendían, se preparaban como si emprendieran el viaje á la eternidad.

Todo lo arrostraron y todo lo vencieron los descubridores y conquistadores; y apenas se puede hoy comprender todo el valor, el esfuerzo y la energía que para ello necesitaban. Hoy (gracias á ellos que dieron las primeras nociones) se conocen todas las playas, todas las islas, todas las distancias, todos los derroteros, todos los escollos, todas las corrientes, y hasta casi hay reglas para conocer cuándo han de estallar las tormentas y los huracanes. Hoy ese Atlántico tan desconocido y pavoroso entonces, es como un lago por donde se va y se viene, reloj en mano, para acudir á una cita dada de uno á otro hemisferio, y los citados se encuentran á la hora señalada, sin discrepar un minuto, en Londres, en Nueva York, en Madrid ó en México. Hoy se navega por ese lago por solaz y por placer, en esos palacios flotantes donde se encuentran todo el lujo, el refinamiento y la molición que pueden ofrecer los palacios de los reyes.

¿Qué diferencia entre estos viajes y los de los conquistadores de América! Ellos se lanzaban al inmenso mar sin saber cuándo llegarían á la opuesta orilla; y lo hacían en unas cáscaras de nuez que apenas servirían hoy para navegar en las lagunas de México. Sus carabelas estaban tan destituidas de comodidad, que ni cubierta tenían algunas, y muchas eran tan pequeñas que no llegaban á cien toneladas, y más de doscientas de ellas cabrían hoy en las bodegas del *Great Eastern*.

¿Adónde iban aquellos hombres en tan diminutos esquifes? Ni ellos mismos lo sabían. Buscaban lo desconocido: iban á rasgar los velos misteriosos de aquel mar plagado de negros abismos, y de aquella tierra que era también mansion de espantos y de temerosas fábulas: querían saber si era verdad la existencia de los monstruos marinos, para luchar con ellos; querían luchar también con los vestigios que guardaban los tesoros de la nueva tierra. Las extrañas aventuras, la grandeza de los peligros, la vista de la muerte en sus más terribles formas, tenían para ellos un irresistible encanto. Nunca la ambición de gloria había buscado, para saciarse, más fantásticos caminos, ni jamás el deseo de las riquezas se había asociado tan noblemente á la ambición de gloria. Todo era fantásticamente colosal en aquellos magníficos aventureros, y hasta sus ojos estaban extraordinariamente perturbados con el idealismo que embargaba sus imaginaciones. Vieron de plata los edificios de Zempoala, vieron de oro los palacios de los Incas; de oro les parecían las estériles sierras de lo que llamaron Castilla del oro; y aspirando siempre á realizar las fábulas de la mitología, como los sueños de la caballería andante, vieron amazonas y gigantes en las orillas del Plata y en la tierra de Patagonia. Por eso solían emprender expediciones de una extravagancia sublime. Ya iban en busca de la fuente de la juventud, ya buscaban el Gran Catay, ya los palacios de oro del Preste Juan, ya rivalizaban con Jason marchando en busca del nuevo Vellocino.

¿Cuánto sufrieron aquellos hombres con sus empresas de titanes! Vestíanse la armadura en Palos ó en Sevilla, y no se la volvían á quitar sino cuando se les caía á pedruzcos al pie de los Andes ó del Popocatepétl. Se estremece uno leyendo en las antiguas crónicas la aspereza de los trabajos y lo terrible de las inclemencias que soportaban. Bernal Díaz del Castillo se acostumbró tanto á ellas, que nunca volvió á dormir en cama después de la conquista de México, y lo decía él á la edad de ochenta años que fué cuando escribió su historia. La mayor parte de ellos perdieron la vida, tragados por las tempestades, devorados por las fieras, helados en las cumbres de los montes ó abrasados en el fondo de los valles americanos: pero, ¿qué historia tan magnífica la suya entre las historias de los grandes hechos que han acabado los hombres!

En nuestros días hemos visto con asombro las expediciones del coronel Fremont (hoy general) desde el Missouri hasta el Pacífico, al través de los desiertos que ya recorre el gran ferrocarril americano: pero ¿qué comparación pueden tener con ninguna de las de la época prodigiosa á que nos referimos? ¿Quién es capaz de hacer hoy lo que hicieron los compañeros de Hernando de Soto después de sepultarle en el Mississippi, que bajaron el río en una especie de balsa y llegaron hasta Pánuco? ¿Quién hace lo que Gonzalo Pizarro en su terrible expedición por las orillas del Napo y del Amazonas? ¿Y dónde se ha visto hazaña como la de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que con tres compañeros, resto de seiscientos hombres, anduvo desde la Florida hasta Sonora, luchando día y noche, durante diez años, con las inclemen-

cias, con el hambre, con la naturaleza, con los salvajes y con las fieras?

Basta lo dicho para que se vea que los conquistadores de América valían algo. Su descendencia no tiene por qué avergonzarse de esta alcurnia, y más bien debe gloriarse de proceder de aquellos seres extraordinarios, que conquistaron como héroes, civilizaron como apóstoles y cantaron como poetas, las tierras en que han nacido los americanos que llevan en sus venas sangre española.

(Continuará.)

#### NOTORIA INJUSTICIA.

Con motivo de haber dicho el *Diario Oficial* en una corta polémica con el *Monitor*, que un llamado Lezama, secretario del coronel Dupin, era español, el *Estado de Tamaulipas*, periódico de Tampico, en un párrafo que tiene el mismo título que este, se expresa de este modo:

«Con pena venimos notando de algun tiempo acá, que nosotros que somos progresistas, entusiastas liberales y sobre todo justicieros por excelencia, procuramos casi siempre denigrar el nombre español más que á cualquier otro. Atribuimos á españoles todo lo que es indigno, horrible y bárbaro: esta es una verdadera injusticia, ya que no un desconocimiento completo de la historia de España y de la conducta que observan los españoles residentes en la República.»

Damos las gracias á nuestro apreciable colega de Tampico por el bueno y justo concepto que tiene de España y de los españoles; y al mismo tiempo que se lo agradecemos, nos permitimos observar que esa injusticia de que habla, era muy frecuente antes en México, pero muy rara ahora. Excusado es añadir que el *Diario* no incurrió en ella por mala voluntad ó por vulgar preocupación, sino por un error inocente, nacido de inexactos informes.

El *Estado* agrega lo siguiente, donde se ve el horror que le inspira el recuerdo de las atrocidades cometidas en Tamaulipas por el famoso Dupin:

«No, no es exacto que el bandido coronel Dupin fuese dirigido en sus crueldades por español alguno. Ese indigno francés, ese monstruo y asesino, vino á continuar en Tamaulipas las hazañas que había ya hecho en otros países. Asesinó á muchos hijos dignos de Tamaulipas inspirado y guiado por sus propios sentimientos y su sed de sangre. Dupin era ya, antes de pisar nuestro territorio, una de esas fieras que horrorizan, que espantan: fué tan infame que hasta á sus mismos compatriotas que severamente criticaban su conducta, los persiguió ó hizo sus víctimas.»

Lezama era uno de sus soldados como tantos otros franceses, alemanes, italianos, egipcios, y desgraciadamente, tenemos que decirlo porque es la verdad, renegados traidores mexicanos, entre los cuales jamás se encontró un solo tamaulipeco. Y decimos esto, porque servimos á las órdenes del inolvidable y benemérito general Pedro Mendez, y pudimos observar la clase de criminales que mandaba el tristemente célebre coronel Dupin.»

#### LA EXPOSICION DE FILADELFIA.

En los periódicos de los Estados Unidos encontramos una noticia que interesa á los que se proponen asistir á la Exposición de Filadelfia.

Dicen que los dueños del hotel Continental, el más grande de aquella ciudad, han resuelto cobrar solo cinco pesos, como ac-

tualmente, á las personas que se hospeden en él.

Ahora falta que cumplan la promesa.

#### Jardin de aclimatacion, y asilo de niños

Las sociedades protectoras de los animales pueden estar satisfechas. Mientras que los tribunales de Inglaterra están á punto de darles la razón prohibiendo á su instancia los experimentos médicos en que sean necesarias las vivisecciones, en el jardín de plantas de París se ha puesto á disposición de las boas, pitonisas, caimanes y otros animales, un verdadero palacio, donde se han acumulado todas las condiciones de una habitación confortable.

Un redactor del *Chroniqueur National* ha visitado esa morada, y ha tenido ocasión de comprobar que se dibujaba el contentamiento más completo en las honradas fisonomías de los huéspedes trasladados á aquella higiénica y saludable mansion. La serpiente más descontentadiza no tendría razón para quejarse del nuevo establecimiento construido en su honor, y las tortugas más aburridas se han visto precisadas á ponderar los procedimientos que para su regalo ha planteado la administración.

Imaginad cuatro salas soberbias, en las que los caloríficos mantienen un suave calor de 25 á 30 grados.

La primera, que es la más hermosa, se halla expuesta al Mediodía, estando adornada con palmeras y plantas acuáticas. En su derredor hay quince jaulas con diversos reptiles, y en el centro de la sala flotan las aguas de un estanque, reservado á los caimanes, gaviales y tortugas. Otras dos salas más pequeñas contienen la una lagartos y la otra culebras venenosas. En fin, la cuarta sala se halla destinada á pequeños acuarios ó peceras, donde nadan ranas ó batracios de todas especies.

Cada jaula de reptiles está provista de plantas verdes y trepadoras y troncos huecos de árboles, que sirven de madriguera á los bípedos acuáticos.

A primera vista ofrece un aspecto agradable: la hiedra se enrolla al rededor de los árboles y de sus ramas, y las plantas acuáticas extienden sus hojas en medio de un estanque con fondo de arena y márgenes de césped. El árbol del cauchou, la palmera enana, las begonias bien cuidadas crecen y se desarrollan allí como si estuviesen en las mejores estufas. El agua de los estanques es pura y limpia, dejando ver las conchas del fondo y las rocas caprichosas que se elevan en diferentes puntos. Todos los habitantes están á medida de sus deseos en este palacio del Jardín de plantas, que fué comenzado en 1871, y ha costado doscientos mil francos. Bien es verdad que, á pesar de tantas comodidades, los registros del establecimiento consignan con frecuencia el fallecimiento de muchos animales traídos á costa de grandes gastos y que no han podido olvidar su patria.

Solo algunos animales poco patriotas logran triunfar de su nostalgia, merced á las delicias de esa mansion, construida expreso para dulcificar su carácter, ó al menos conservarles la salud, presentándoles artificialmente los lugares tan queridos en los primeros años de su existencia.

El doctor Brochard, sabio médico é higienista distinguido de Lyon, que se ha dedicado con especialidad al estudio de la lactancia y manera de criar á los niños, se revuelve en el periódico *La Jeune Mère* contra los gastos empleados en proporcionar una buena habitación á dañosos animales y asquerosos reptiles.

«Mientras que en el Jardín de plantas de París, exclama, se gastan, desde 1871, 200,000 francos para dar á las serpientes y otros animales de este género una habitación confortable y conservarles su salud; mientras que se hace una inauguración solemne para celebrar esa era feliz de

la vida de los reptiles, se demuestra en uno de los más ricos departamentos de Francia—sin cesar de la armonía oficial—que desde 1870 se han economizado doscientos mil francos en el servicio de niños asistidos. Así se comprende que en estos desgraciados seres—que no tienen, como las culebras, habitaciones confortables—haya habido una mortandad de un 50 por 100. ¿Por qué no ha de procurarse conservar la salud de un niño, como se procura conservar la de una culebra de cascabel?»

Esta necesidad de rodear á los animales de todo el bienestar posible es propia de la época presente. No hace muchos meses leíamos en *Le Petit Journal*:

«Nada más original, y al propio tiempo más práctico, que los nuevos cubiles del Jardín de aclimatación. Este verdadero palacio encierra los tipos más puros de las razas útiles, desde el perro pacho hasta el gran lebré de la Siberia, desde el animoso perro de los Pirineos hasta el ratonero de Inglaterra, ese gran destructor de los roedores de toda especie, de largo pelaje, como conviene á su origen septentrional. Tan interesantes animales se hallan en vastas jaulas, con sus nichos cómodos y sus camas de pieles, teniendo además una cocina especial; un espacio de terreno con ligeras verjas les permite entregarse á sus diversiones, mientras que el río que desagua en el estanque les ofrece constantemente el placer del baño. Es la parte del Jardín que visitan más personas. El número total de las que penetraron en el Jardín de aclimatación durante el año de 1874 se ha elevado á 599,752.»

Si todas las personas que han visitado el palacio de los reptiles ó el Jardín de aclimatación de París han tenido la buena idea de visitar después las cunas ó pesebres destinados á los niños de la clase jornalera, habrán podido convencerse de que esos asilos constituyen, como ha dicho su fundador, M. Marbeau, el mejor medio de combatir en las poblaciones crecidas los estragos de la lactancia mercenaria.

El doctor Brochard afirma que son insuficientes esos asilos para llenar su objeto, y que, á pesar del celo de las personas asociadas para tan humanitaria obra, tienen locales muy estrechos no disfrutando, como los interesantes animales del Jardín de aclimatación, de aire suficiente, cunas cómodas, y sobre todo de una cocina especial, es decir, de una alimentación apropiada á su edad. Pocas cunas disponen de una vaca ó cabra, para dar á los niños á cualquier hora la leche fresca y natural que necesitan. En el asilo de San Bernardo, de Lyon, que es magnífico, y no dejaría nada que desear respecto á la instalación si tuviese un jardín, no puede darse á los niños sáculos con grasa por falta de recursos.

Segun las últimas estadísticas leídas en la Academia de medicina de París, la mortalidad de niños de pecho amamantados en establecimientos ha alcanzado en 1874 la aterradora cifra de un 30 y un 40 por ciento. En España es más horrible aún esta cifra, gracias á las malas condiciones de los establecimientos y de las amas de cría, y al escandaloso retraso con que se paga su mísero sueldo á esas infelices.

¿Es posible que en el siglo XIX, y no obstante la despoblación que se nota en muchas comarcas de Europa, no sean considerados los niños como seres tan interesantes como el lebré y el ratonero? Sería triste que los animales tuviesen una preferencia irritante sobre los hombres. Eso no lo pretenden siquiera los que no admiten solución de continuidad en la escala animal, los partidarios de las teorías darwinianas.

#### MISCELANEA EXTRANJERA.

Un diario inglés dice que ha tenido ocasión de examinar el nuevo sistema para encender las farolas, que ya está en uso en Heidelberg, y que